BIBLIOTECA MARCEL LÍ DOMINGO

BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

Dos liberaciones y un epílogo



orría la primera quincena de febrero de 1938. Amedrentados por el deplorable estado de Tortosa, que había caído en manos de gente osada, sin freno de honor y de conciencia.

En medio de aquel clima de horror, que hacía crispar los cabellos y helar la sangre en las venas, un buen día acertaron a pasar por aquí, en conducción militar, unos compañeros de cárcel, hambrientos, desesperados por haberles impedido el contacto con sus familiares, ignorando el punto a donde iban destinados.

Luego de socorridos, sentimos la zozobra de que nos hicieran víctima del mismo cruel trato. No cabía otra resolución que trasladarnos a la banda de la orilla derecha del Ebro, concretamente en Regués. Allí nos acostamos aquella misma noche, con la esperanza de que el Ejército Nacional, una vez iniciada la ofensiva, seguiría el curso del Ebro, y que aquella parte se liberaría sólo dos o tres días antes que la margen izquierda.

Al abandonar Tortosa, dejamos un espectáculo de pesadilla. El cielo, surcado de bombarderos, sembrando al voleo la muerte y la desolación; casas y calles en ruinas; los pocos ciudadanos remanentes, agotados de hambre y de terror, y los tiranos, derrochando en francachelas el producto de sus robos y piraterías.

A los pocos días se inició la ofensiva de Aragón, y tras una desbandada inenarrable de los rojos, llegó al fin el 18 de abril de 1938, día en que las tropas del Generalísimo Franco se adueñaron de la margen derecha del Ebro.

La primera liberación de una parte importante de Tortosa y su comarca la recibimos con inmensa alegría, dando gracias a Dios por haber salido con vida del infierno marxista.

Al día siguiente se celebró la primera Misa en el término de Tortosa, en un altar improvisado en la plazoleta del Hospital de Jesús, por un capellán castrense, y una hora más tarde, otra en Roquetas, en la calle de la Gaya, por el Rdo. D. Juan Estruel.

Pero la satisfacción no podía resultar completa. Ilusión nuestra era que proseguirían su marcha reconquistadora. Pero pronto cundió la noticia de que nuestras tropas tenían orden dada de quedarse atrincheradas en la ribera derecha del Ebro. Aquellos de los nuestros, amigos y familiares que permanecieron en la banda izquierda, quedaron aprisionados en las mallas de la red comunista, con la consiguiente opresión de los dirigentes rojos, de espaldas a toda razón y humanidad.

Tal situación de millares de ciudadanos nos tenía a los ya liberados sumidos en la más amarga tristeza. Poco contribuía a calmarla distraerse en contarnos nuestras propias desventuras, porque la añoranza de volver a nuestra ciudad, todavía tiranizada, y el retardo de nuestra total liberación hacía imposible una visión consoladora de las cosas.

Con tal ambiente de angustia, aumentado todos los días con el relato martirial de los que lograban huir de la zona roja, nuestra situación se hacía por momentos más angustiosa. Pero, eso sí, la esperanza, no amortiguada jamás, del retorno victorioso a Tortosa, nos hacía más llevaderos nuestros sufrimientos.

Lo mismo ocurría en la colonia tortosina refugiada en Vinaroz. Uno de sus más reconfortantes consuelos fué el de poder celebrar la festividad de Nuestra Señora de la Cinta el primer domingo de septiembre de 1938. Por otra parte, el recuerdo de nuestros caídos nos inspiró el pensamiento de erigir una Cruz junto a la cantera de Cálig, en homenaje a su martirio.

Por fin, tras nueve meses de forzoso exilio y separación, viviendo en todo momento los avances del Ejército triunfador y acuciados por el ansia de socorrer a nuestros hermanos supervivientes diseminados por las montañas vecinas del término de Tortosa y Perelló, llegó, afortunadamente, el día tan ansiado de la liberación completa de nuestra ciudad, el 13 de enero de 1939.

Su regreso a ella dió la sensación de una avalancha. Nadie pudo contenerse de trasladarse cuanto antes a sus lares queridos. Pero aquí se nos ofreció una serie de espectáculos a cual más atormentador: la ciudad, en ruinas e interceptadas con ellas las calles; destrozados todos los puentes sobre el Ebro; saqueadas con cínico refinamiento las viviendas; la mayoría de las familias, diseminadas por la criminalidad roja, y los supervivientes, exhaustos por las enfermedades infecciosas y parasitarias, por síndromes carenciales y avitaminósicos, careciéndose como se carecía de lo más indispensable para subsistir.

Después de esta segunda liberación, las dificultades de abastecimiento y vivienda de los primeros días parecían insuperables, a tal extremo, que momentos hubo en los que creímos que no se podía recobrar nuestra ciudad sino a costa de mucho tiempo.

Al recuperar el Relicario pequeño de Nuestra Señora de la Cinta, con el delirante recibimiento que le tributamos los tortosinos, adquirimos confianza en nosotros mismos, al darnos cuenta de que no nos faltaba la protección de nuestra Madre y Patrona, y emprendimos conalegría y coraje la reconstrucción de Tortosa, protegidos con una buena contribución del Estado, pero ante todo y sobre todo, por un esfuerzo individual agotador, cuya ponderación no tiene límites elogiosos.

Este croquis de las dos liberaciones queda desdibujado al compararse a la Tortosa de 1955, en un breve comentario o epílogo que nos queda para desarrollar.

La lección de cosas de nuestras calamidades y tribulaciones pasadas no ha podido ser más adoctrinadora.

Hemos aprendido a superar los avatares de la vida y a multiplicar nuestros esfuerzos y sacrificios en orden a una reacción que, sin una ayuda especial de Dios y de nuestra Patrona la Virgen de la Cinta, no tendría explicación adecuada. Quien contempló el cuadro de ruinas y desolación de la Tortosa recién liberada de principios de 1939, se sentirá movido a proclamar como un milagro la reconstrucción de Tortosa; el mejoramiento de todos los servicios; la resurrección de sus edificios, en más del 90 por ciento destruídos entonces; restañadas las heridas materiales recibidas; la construcción monumental del Seminario, del Instituto de Segunda Enseñanza Media, la magnífica Escuela de Trabajo y, sobre todo, el edificio suntuoso del nuevo Ayuntamiento, par a par con el palacete de Comunicaciones: Correos y Telégrafos, sin contar con la magnífica reparación del Palacio Episcopal y del Hospital; y en el terreno científico y cultural, la del Observatorio del Ebro; en el Jesús, la del Colegio de la Inmaculada, y en el casco urbano de la ciudad, la de los Colegios Teresiano y de la Consolación.

Aun así y todo, nuestras aspiraciones son mayores, y no hemos de cejar hasta convertir a nuestra ciudad en un emporio de riqueza espiritual y material.

Al dirigir nuestra mirada a la comarca, extendida en las márgenes del Ebro, admiramos los caudalosos canales que son la fuente de la riqueza de las huertas y arrozales cubiertas anualmente por las doradas mieses; contemplamos a los labradores cómo se emocionan al ver recompensados sus esfuerzos, recogiendo los sabrosos frutos que surgen de esta fértil campiña; abundancia que se extiende a toda la vega del río, circundada por las abruptas montañas de Caro, Coll del Alba, Cardó y Montsiá, cubiertas por olivos y algarrobos que suben por las laderas; sin olvidar los espléndidos pinares que pueblan La Mola, Regatxol, etc., venero de riqueza inagotable.

¿Cómo no sentirse cautivado por todo ello y por la simpática sencillez de las costumbres de los payeses, por el encanto de nuestras Fiestas populares, que subyugan nuestros corazones, a los que dan nuevos impulsos y vitalidad?

Urge recorrer largo camino para llegar a la meta de nuestras legítimas aspiraciones.

Reconociendo los defectos que por herencia nos caracterizan, ante la visión de Tortosa y su comarca, no debemos dejarnos arrastrar por el desaliento, antes bien, aunemos nuestros esfuerzos y, juntando nuestros corazones saturados de amor fraternal, laboremos para elevar el nivel material, científico y artístico de nuestra querida urbe, unidos por el Sagrado Cíngulo, que es un lazo de amor mil veces más fuerte que el que puedan proporcionar los convencionalismos. Y dando rienda suelta a mis sentimientos, pongo punto final a este epílogo a las dos liberaciones, con la ternura de unas palabras que salen del fondo de mi alma:

¡Tortosa! Con todo y tus defectos, te quiero, te adoro en mi corazón y ansío para ti el colmo del progreso material, coronado del superior progreso de los valores del espíritu.

Secundino Sabaté

Font: biblioteca.tortosa.cat